



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9664

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 20 DE ENERO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobre.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

NOVEDADES

MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar ó planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Catres de campaña con somiers que pueden trasportarse fácilmente.—Cocinas con horno muy económicas.—Mosaicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estufas Chouberki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad. PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

TIPOS DE TEATRO MODERNO.

I

EL JEFE DE LA CLAQUE.

Generalmente es un hombre sencillito como suele decirse un *in feliz*.

Su ocupación no hace al caso. Unas veces es oficial cuarto... otras antiguo empleado de ferro carriles; pero siempre está bajo el poder de un jefe. Y esto es lo que á él le fascina... y por esto no para hasta que alcanza la jefatura de la claque, aunque sea del teatro *mas chico* de Madrid.

Cuando ya la ha obtenido ahí entonces sí que sus aspiraciones han llegado al colmo. Se cree, lo menos, jefe de Gabinete ó de algún grupo político.

Pero donde hay que oírle es en el café, que algunas veces suele tomarle en *«Levante»* y otras en casa que es como si dijéramos en *«Poniente»* ó todo lo contrario. Allí en *«Levante»*, no en su casa—en su tertulia no se puede hablar más que de teatros y cómicos. El conoce al dedillo todo el repertorio antiguo y moderno. El sabe cual actor ó actriz ha valido, vale ó valdrá. Por

supuesto: todos los que en el teatro han alcanzado algún nombre, solo se lo deben á él... Matilde Diez, Bárbara Lamadrid, Romera y otros muchos de *los antiguos*, la Campitos, Arana, Riquelme, Mesejo y Ripoll de los modernos ¿á quien le deben lo que son? A él, que *los ha sacado* adelante con su buena dirección y acierto en arrancar á tiempo los aplausos del público.

No hay quien tenga la habilidad suya y el conocimiento *de las cosas de teatro* necesarios, para salvar una obra *de compromiso* como él dice. Pero eso sí: la empresa ha de guardarle todas las consideraciones habidas y por haber... ¡ay! de la que no lo haga así, porque *le hunde* cuantas obras ponga en escena así sean del lucero del alba y de lo mejor que se haya escrito!

Lo mismo que los actores que se descuiden. Que se desnivelen y no le manden al Sr. Director de la claque—como él se hace llamar—un mazo de puños de cuando en cuando. Si es la tiple ya puede cantarse un vals hasta allí y bailarse unas sevillanas todo lo obscenamente que pueda y quiera, que no logrará entusiasmar al público, y caso que así suceda ya sabrá nuestro hombre contener los impulsos de los que pagan, aunque luego tenga que decir que los *rebentadores* han podido más que su gente.

Por eso, ellas que lo saben, tienen buen cuidado cuando se está ensayando algo nuevo de avisarle para que vea como interpretan los papeles de su *caracterizada* opinión.

Cuando hay que verle es en noche de estreno, aquello es el *disloque*. Ni que fuese él autor de la nueva producción ó el empresario que espera el exitazo para embolsarse unos miles de reales, se tomaría tanto interés—cuando le tiene—por alcanzar la victoria.

Ya, la noche anterior, ha escogido con escrupulosidad todo su *billete particular* á fin de repartirle la noche del estreno, solo entre

aquellos *números* de su mayor confianza.

Al autor ya le ha pedido diez días antes sus tres butaquitas para la familia, *pero de las mejores*.

Se pasa todo el día repartiendo—por encargo de la empresa todas las localidades *altas* entre toda la gente *baja* de su oficina. Llega la noche; cena precipitadamente... y al café. Pide á voces que le traigan á escape el servicio, porque *está de estreno* y así, les que le oyen creen que lo menos es un autor dramático. Sus contertulios ya lo saben: aquella noche se despide mucho antes, y al teatro. Llega; habla con todo el mundo, se mete en todos los cuartos y por fin á tomar órdenes del empresario. ¡Ah! este es el momento más sublime para él. ¿Que general en jefe de un ejército recibiendo instrucciones de su gobierno puede compararsele?.. Ninguno. ¡Que, Martínez Campos con la cuestión de Melilla ni qué niño muerto! Con qué gravedad interpela al autor; entra en el cuarto de la tiple, y la pregunta cuando la vendrá mejor que *salga* una voz de las alturas y la diga ¡olé tu cara! etc...

Luego, cuando ya está *empapado* de lo que hay que hacer, sale al patio, trasmite sus instrucciones al *ayudante, sota ó segundo* que tiene para que reuna á las *huestes* en la taberna de al lado y las ponga al corriente de cuando hay que *entrar con un aplauso nutrido y espontáneo*, cuantas veces hay que hacer salir al autor ó hay que repetir un número... y enseguida á ocupar su butaca. Eso sí: después de todos estos preparativos suele suceder que el propio Director jefe de la claque *mete la pata*—ó las manos que para el caso es lo mismo—y *dá la entrada á destiempo*. También sucede á menudo, que por empeñarse en que se repita un numerito de música soporífero hasta no más, se arme la de Dios es Cristo, entre *morenos y rubios* y que con este motivo quede *rebentada* una obra

que tal vez se hubiese salvado de una grita.

Pero esto no es cuenta del jefe de la claque. Ya sabe él darse, después del final, una vuelta por el saloncillo y decirle al descorazonado autor, con un tono de protección:

—Amigo, ya ha visto V. que hemos hecho *los imposibles*, pero...

Y este *pero* quiere decir: «pero es tan mala su obra...» A lo cual replica para su capote, el vate: «Pues señor, si la obra es mala... para eso hay claque, que de ser buena, ella se salvaría.»

Y tiene razón. Yo por lo mismo, si algún día estreno algo—que lo dudo—lo único que he de exigir á la empresa, es que en el cartel ponga con letras muy gordas:

»No hay claque.»

Y creo que saldrá mejor librado.

EMILIO SOL ORGAZ.

(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

Recordarán nuestros lectores que dijimos hace días que el Ayuntamiento de Valdeprado se lo había repartido la familia de los *Secos*.

Pues bien, como aun hay *Secos* por el mundo, ha sido nombrado secretario del Ayuntamiento de Valdeprado, otro *Seco* (D. Juan) ¡que no sabe escribir! Se *co...* njuará.

Los guardas de campo de Pamplona han detenido á dos individuos sospechosos é indocumentados.

Por supuesto, los guardas no dicen verdad.

Decir que van indocumentados unos hombres que llevan dos soberbios puñales y dos tremendos garrotos solo se le ocurre á los guardas de campo de Pamplona.

La embajada extraordinaria ha salido ya de Melilla y el domingo llegará á Mazagán.

Lo que es necesario es que llegue á Marruecos y sepamos cómo se resuelve el asunto de la indemnización.

No sabemos porque se nos antoja que en esa piedra del surco va á tropezar el arado de la diplomacia.

La Iberia publica unos cuentos de vieja que realmente lo son.

El de ayer se titulaba «Los besos de oro.»

Ya ven ustedes si el oro es viejo. Como que hay quien no ha visto en su vida una moneda de ese metal.

Realmente esos besos de oro son cuentos de vieja.

Hoy no hay más besos que los de Judas.

Los insurrectos de Palermo, que son medio anarquistas, han levantado una bandera que tiene pintado un crucejón.

Nunca ha podido decirse con más verdad aquello de que detrás de la cruz está el diablo.

Dicen de Roma:

«Se ha confirmado la noticia de que Crispi, en vista de la gravedad de la situación, que de día en día empeora, solicitará del parlamento, para resolverla, plenos poderes que durarían un año.»

Dictadura se llama esa figura.

NOTAS

Insensiblemente vá asemejándose esta época á la época revolucionaria de 1868.

Habíamos respecto á la seguridad individual: que en otro orden de consideraciones, en el orden político, por ejemplo, no nos asemejamos á aquella época, porque estamos á mayor altura.

Respecto á la seguridad individual, todos los que recuerdan aquella época, que podemos llamar vergonzosa, recuerdan que el bandidismo se extendía descaradamente por las más hermosas regiones andaluzas, constituyendo la preocupación constante del gobierno y del país y dando pávulo á las fantasías extranjeras, que nos consideraban poco menos que dominados por las cuadrillas de bandidos andaluzes. Los propietarios de fincas rústicas las abandonaban y huían á las grandes poblaciones para poder vivir relativamente tranquilos y por nada del mundo abandonaban los poblados para echar una ojeada á sus propiedades.

que se dobló bajo su peso sin romperse, quedando suspendido entre el cielo y el abismo, al borde del cual crecía el roble.

—Por piedad, disparadle otro tiro, dijo Heyward, separando la vista de aquel horrible espectáculo.

—Ni una piedra contestó Ojo de Halcón: su muerte es segura, y no tenemos pólvora para poder gastarla inútilmente, porque los combates de los indios duran á veces días enteros. Se trata de sus cabelleras ó de las nuestras, y Dios que nos ha creado, ha puesto en nuestros corazones el amor á la vida.

No se podía contestar nada á un razonamiento político de tal naturaleza. En aquel momento los alaridos de los salvajes cesaron; interrumpieron el fuego, y por ambos lados todos los ojos estaban fijos sobre el desdichado que se hallaba en una situación tan desesperada. Su cuerpo seguía el impulso del viento, y aunque no se le escapaba ni una queja, ni un gemido, se veía sobre su fisonomía apesar de la distancia, la angustia de una desesperación que aún parecía desafiar y amenazar á sus enemigos.

Tres veces levantó su fusil Ojo de Halcón por un movimiento de compasión para poner fin á sus sufrimientos, y otras tantas la prudencia le hizo apoyar la culata en tierra. Por último, una mano del Hurón falta ya de fuerzas cayó á lo largo de su cuerpo, y los inútiles esfuerzos que hizo para levantarla y asir de

nuevo la rama á la que estaba cojido con la otra, aumentaron el horror de aquella escena. El cazador no pudo resistir más tiempo; el tiro salió, la cabeza del salvaje se dobló sobre su pecho, sus miembros se agitaron, su segunda mano cesó de apretar la rama que lo sostenía, y cayendo en el abismo abierto á sus pies desapareció para siempre.

Los Mohicanos no lanzaron su grito de triunfo; se miraron el uno al otro como poseídos de horror. Un solo alarido se oyó del lado del bosque, sucediéndole un profundo silencio. Ojo de Halcón era el único que se ocupaba de lo ocurrido, reprochándose en alta voz haber sucumbido á un momento de debilidad.

—Me he conducido como un muchacho, dijo: era mi última carga de pólvora y mi última bala: que mas daba que cayera en el abismo vivo ó muerto? de cualquier modo hubiera concluido por caer. Uncas, corre á la canoa y trae-me el frasco grande; en él está toda la pólvora que nos queda, y la necesitaremos hasta el último grano, ó yo no conozco á los Mingsos.

El joven Mohicano partió inmediatamente, dejando al cazador ocupado en registrar sus bolsillos; y sacudir con aire de descontento su cuerno vacío. Este examen poco satisfactorio no duró mucho tiempo, pues fué interrumpido por un grito penetrante lanzado por Uncas, y que para el oído poco ejercitado de Duncan,

comprendo que es muy duro morir. Pero, añadió, arrojando una mirada sobre los dos Mohicanos, acórdemonos que nuestra sangre es pura, y probemos á esos habitantes de los bosques, que el blanco puede sufrir y morir con tanta entereza como el hombre rojo, cuando llega su hora.

Heyward hechando una rápida ojeada en la dirección que habían seguido las miradas del cazador, vió confirmados todos sus temores, por la conducta de los dos indios. Chingachgook sentado en una actitud altanera, se había quitado del cinturón el cuchillo y el tomahawk, había desprendido de su cabeza la pluma de águila y pasaba la mano sobre su mechón de cabellos, como para prepararse á la operación que esperaba sufrir de un momento á otro. Su fisonomía parecía tranquila aunque pensativa, y sus ojos negros y brillantes perdiendo el ardor que los había animado durante el combate, tomaban una expresión más análoga á la situación en que se encontraba.

—Nuestra posición no es aún desesperada, dijo el mayor; puede llegarnos socorro de un momento á otro. No veo enemigos en las cercanías, sin duda alguna se han retirado, habrán renunciado á un combate en que han comprendido que pueden perder mucho más que ganar.

—Es posible que pase una hora, dos, contestó Ojo de Halcón, antes que los malditos Mingsos lleguen